

## Sobre el discurso de las armas y las letras

De los capítulos XXXVII y XXXVIII, de la primera parte del

### QUIJOTE

Al emprender este trabajo hemos creído conveniente considerarlo bajo dos aspectos completamente distintos: en el primero, veremos algunos puntos de gramática; en el segundo, lo examinaremos por el lado de los conceptos que en sí encierra.

El epígrafe del capítulo XXXVIII dice: «Capítulo XXXVIII, que trata del curioso discurso que hizo D. Quijote de las armas y las letras», y comienza así: «Prosiguiendo D. Quijote, dijo: Pues *comenzamos* en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos ahora si es más rico el soldado». Basta comprender estas primeras palabras, para que el temperamento menos observador se dé cabal cuenta de que el curioso discurso tiene su principio en el capítulo anterior. Acerca de esto apuntó un crítico con sobrada razón, que se diría mejor: «*En que se prosigue el curioso discurso de D. Quijote sobre las armas y las letras*».

En el curso de dicha obra no faltan casos semejantes, en que la discordancia entre los epígrafes de los capítulos y su contenido es bien marcada. Demuestra ésto que ellos fueron puestos a la postre, como anota por allí algún cervantista.

«Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo *entrara*, y de la suerte que estamos nos *viera*, que *juzgue* y *crea* que nosotros somos *quien* somos?»

Es de notar que los tiempos de los verbos no corresponden perfectamente entre sí. *Juzgase* y *creyese* debía haberse dicho en lugar de *juzgue* y *crea*, para que de este modo guarden buena correspondencia con *entrara* y *viera*.

Notamos igualmente un *quien* singular refiriéndose a *nosotros* y *somos*, vocablos en plural. Práctica esta común entre nuestros antiguos escritores y entre los de la «Edad de Oro» de nuestras letras. Pero desde el siglo XVI, como dice Cuervo, comenzó a menudear el *quien* con dos terminaciones, singular y plural, y aun en el mismo Cervantes leemos: «En un instante quedaron enteradas de *quienes* eran D. Quijote y su escudero» (Cervantes, *Quijote*). Se generalizó después la tal costumbre hasta terminar por dar a *quien* los dos números. Sin embargo, en el pasado siglo no faltan ejemplos del *quien* invariable para el número; y así vemos a Menéndez y Pelayo usarlo con exquisita soltura en aquel pasaje que reza así: «Hay entendimientos en *quien* no cabe un adarme de metafísica». (Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos*).

«*Así* con el cuerpo *como* con el espíritu».

Digna de observación es la armonía que guardan entre sí estos dos adverbios, demostrativo el uno y relativo el otro, indicandó modalidad.

Correspondencias como estas, ora de lugar, ora de tiempo, ora de modo, ora de cantidad, fueron las razones que indujeron a Bello, arrastrándolo con la fuerza Incontrastable de las cosas reales y evidentes, a dividir el adverbio en dos clases, demostrativo y relativo, que muchos gramáticos, y la misma Academia Española de la Lengua, olvidaron mucho tiempo y otros siguen echando de menos aún en nuestros días.

«Pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del *milite guerreiro*, se quedan muy atrás en todo».

Frase pleonástica es ésta del *milite guerrero*. *Milite* es vocablo latino de que usó el mismo Cervantes en su tragedia «Numancia»: «Estos sagaces *milites* romanos». Mas en este caso se refiere al adjetivo romanos y significa soldado, mientras que en nuestro ejemplo se junta con guerrero, que significa en un sentido amplio lo mismo que soldado.

Pero antes de Cervantes se había empleado esta palabra por escritores nuestros: a mediados del siglo XVI se imprimió en Amberes con el título de «*Milite glorioso*», una traducción anónima de la obra de Plauto que lleva el mismo nombre.

«Pues esperad *que* espere *que* llegue la noche».

Dos relativos, solamente separados por un verbo, se nos presentan en esta proposición, cuyo oficio analógico podríamos fácilmente determinar aplicándoles la teoría de la sustitución por *esto*, para desenvolverlos en anunciativos neutros. Pero en atención a otras muchas observaciones de los gramáticos es menester buscarles otro desenvolvimiento.

Sustituyéndolos por adverbios, el primero por *mientras*, y *como* o *cuando* por el segundo, bien podríamos emplearlos sin variar el sentido de la frase: «Pues esperad *mientras* espere *como* llegue la noche, o *cuando* llegue la noche».

La sustitución del *que* por adverbios se presenta como bastante comprensible, dado el caso, como afirma nuestro sabio filólogo Suárez, que parece provenir en dichas circunstancias de un adverbio latino: «*Quum* esset bonis parentibus atque honesto loco natus». (Cicerón, *Dionysius Syracusanorum tyrannus*). El cambio del anunciativo por adverbios, especialmente por *como*, está autorizado por escritores antiguos y modernos: «El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho *como* era loco» (Cervantes, *Quijote*). «Veréis *como* Copérnico,

desbaratando los cielos de Hiparco y Ptolomeo, se atrevió a restituir el sol al centro del mundo». (Jovellanos, *Oración sobre las ciencias naturales*). Comúnmente habriase dicho: «El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho *que* era loco». «Veréis *que* Copérnico, desbaratando los cielos de Hiparco y Ptolomeo, se atrevió a restituir el sol al centro del mundo». Tiende esto a probar que el anunciativo, al cual sustituyen adverbios, guarda en sí un carácter de conjunción o adverbio no tan descolorido, porque dichas sustituciones se hacen con suma facilidad casi siempre, o con la inversión de la frase: «Fundado *que* hubieron la ciudad de Iberia». (Mariana, *Historia de España*); haciendo la inversión quedaría la proposición así: «*Cuando* hubieron fundado la ciudad de Iberia».

«No se podrá levantar hasta *la fin* del mundo».

El vocablo *fin*, a que hoy damos género masculino, aquí y en otras partes del Quijote se encuentra usado como femenino. Sin embargo, muchas veces también se halla en dicha obra como masculino, y en el punto que estudiamos no faltan ejemplos de estar usado como tal: «Y esto se vendrá a conocer por *el fin* y paradeiro a que cada uno se encamina». «*Fin*, por cierto, *generoso* y *alto*».

Sumamente raro nos parece en nuestros días ver esa palabra empleada como femenina, así como parecería extraño a las gentes de aquellos tiempos, si hoy vivieran, encontrarla usada siempre como masculina. Caprichos del uso son estos, y como él varía, ha variado también el género de las palabras carentes de sexo.

En los nombres de cosas que no tienen sexo, realmente el uso así como es árbitro para darles género, lo es también para mudárselo; a algunos suele dejarle ambos, como sucede con *puente*, *mar* y otros; general-

mente hace masculinos a los terminados en *o* y femeninos a los acabados en *a*; pero existen muchas excepciones para las cuales no hay más regla que la costumbre de hacerse así; unas veces se atiende a la terminación y otras a la significación.

Pero, volviendo a nuestro caso: por su terminación, son generalmente masculinas las palabras acabadas en *n*. Exceptúanse las terminadas en *ion*, menos unas cuantas de esta terminación que son masculinas como *centurión*, *aluvión*. Hay también como femeninas muchas que no finalizan en *ion*. *Margen*, sin embargo, se usa promiscuamente, y en el vocablo *orden* de acuerdo con el significado que tenga en la oración donde se emplea. *Fin*, de acuerdo con esta regla más o menos general, y ciñéndose al uso de nuestros días, es de género masculino.

Anteriormente a Cervantes ya se había escrito sobre esta cuestión de las armas y las letras en Italia y en la propia España. Francisco Bocchi publicó en Florencia en 1580 un libro titulado: «*Sopra la lite delle armi et delle littere*»; pero mucho antes ya figuraba la obra «*Pro equite contra litteras reclamatio. Alia viceversa pro litteris contra equitem*», del español Juan Angel González. También el escritor portugués Francisco de Morales, a quien se atribuye la historia del famoso caballero andante *Palmerín de Inglaterra*, escribió unos diálogos, entre los cuales hay uno entre un Doctor y un Hidalgo, donde se trata la cuestión de las armas y de las letras. En todas esas obras cada uno de los contrincantes expone sus razones y argumentos y termina por afirmar que la supremacía de la tesis que defiende es lógica y verdadera.

De modo que es bastante antigua esta contienda entre las armas y las letras, y pleito no fallado aún, por-

que cada uno de los defensores de la tesis arguye pruebas que ellos consideran convincentes; cuando sale a la arena alguna razón que por sí sola pueda desbaratar al contrario, éste no cede ni desmaya y continúa inmovible en su aberración. Cervantes, el soldado que valientemente luchó por su rey y por su religión, hace que D. Quijote, su hijo consentido y último adalid de la andante caballería, hable por su gallarda profesión y haga triunfar, con sus razones, a las armas.

«Ahora no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellós que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima cuanto á más peligros está sujeto». Si la supremacía de un ejercicio consiste en estar expuestos a mayores peligros, no existirían quizás en la humanidad las ciencias y las artes, porque la profesión de éstas no expone al hombre a riesgos constantes de su vida como en la profesión de las armas, y si las armas se ejercen «así con el cuerpo como con el espíritu», hemos de tener en cuenta que los placeres provenientes sólo del alma son más gratos y estéticos que los provenientes del cuerpo, que es el instrumento primordial en el ejercicio de las armas. El hombre siente gozo al ver en alto su valor personal, pero el experimentado por el alma, cuando triunfamos con la inteligencia, es más grande y más duradero, porque se remonta más allá de la materia.

«Si no se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo», sino que es necesario también el empleo del entendimiento, hemos de decir, con todo, que el poder físico del hombre no vale mucho en la perfección científica y artística del mundo. ¿Hemos oído decir alguna vez que el sabio ha tenido necesidad de su valor personal y de su fuerza

bruta para alcanzar algún fin? No; su sola inteligencia ha vencido todo, y si está adornado de las cualidades necesarias al caballero andante jamás las muestra, porque sabe que son inferiores a las del espíritu.

El fin de las letras humanas es «poner en su punto la justicia distributiva y dar á cada uno lo que es suyo, y entender y hacer que las leyes se cumplan», y dice D. Quijote que «no merece aquel que las armas atiende, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida». Para obtener la paz es cierto que tenemos necesidad de las armas, ya para defender el suelo patrio, ya para sofocar las guerras civiles; pero en medio de la guerra y en medio de la paz, la justicia es necesaria, mientras que cuando hay paz no son menester las armas: la justicia es la reina de todas las virtudes.

«Las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles en la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los aires: 'Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.' D. Quijote, dice Clemen-cín, que buscaba «textos en la *Escritura* para sostener la superioridad de las armas, no tuvo presente aquello del *Eclesiastes* al fin del capítulo 9.º *Et dicebam ego, meliorem esse sapientiam fortitudine . . . . Melior est sapientia, quam arma bellica*». El libro máximo del cristianismo nos atestigua la superioridad de las letras sobre las armas.

Ampliamente enumera D. Quijote los trabajos y privaciones del estudiante y del soldado, y después de cotejarlos termina diciendo que éste sufre más que aquél. Es evidente que el soldado padece físicamente más que el estudiante, pero no hay comparación entre la clase de sufrimientos: el soldado soporta hambres y maltrata su cuerpo, pero esos males redundan en bienes futuros, haciéndole cada vez más fuerte y sufrido, aunque en muchas ocasiones ponga su vida en ingentes peligros;

en cambio el estudiante consume su vida sobre los libros con perjuicio las más de las veces de su salud, porque así como los placeres del espíritu son mayores que los del cuerpo, así los padecimientos son superiores y afectan a la vez físicamente...

«Aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio»; materialmente, ya hemos dicho que es mayor el trabajo del soldado, así como es mayor el trabajo intelectual del estudiante. En cuanto al premio, quizás es igual para ambos: si el soldado pasa su vida de combate en combate, y al cabo puede morir sin ascender un escalón en su carrera, también hemos de decir que el estudiante no siempre triunfa, porque las más de las veces queda confundido en la simple mediocridad.

«Veamos ahora si le iguala o hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en la mitad del mar espacioso». Es evidente, que el verse en medio del anchuroso mar sin tierra cercana, y con el peligro que al primer descuido de ples se iría «a visitar los profundos senos de Neptuno», causa terror; «y con todo ésto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería»; pero, ¿no se encuentra también el estudiante en el vasto océano de los años que han de durar sus esfuerzos intelectuales para alcanzar la ribera de la coronación de sus deseos?; y a pesar de todo, con férrea voluntad, emprende el camino de esos largos años con el riesgo de perecer en una triste emboscada del destino, que siempre acecha con saña feroz, listo a lanzar el zarpazo que deshace de un golpe toda una labor llevada a cabo con grandes privaciones.

Y hay más todavía: el soldado pelea no sólo arrastrado por el amor propio y por el cumplimiento del deber, sino que también está usufructuando una pensión que el estado le paga; el estudiante no gana sueldo, antes por el contrario, hace sacrificio a sus padres las

más de las veces, porque en esta vida hay más pobres que ricos; el premio que busca en el futuro, es el mismo que ansía el soldado en su carrera.

Cuando dijo D. Quijote: «Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de artillería», probablemente estuvo desmemoriado en suponer que no se había usado la pólvora en tiempo de los caballeros andantes que le antecedieron: las historias de Amadís de Gaula, de Orlando, de Bellanís de Grecia y otras más, desmienten esta aseveración.

De acuerdo con D. Quijote, el mundo debería permanecer siempre sumido en una constante apatía en lo relacionado con el arte de la guerra, para que el valor personal fuera el que en toda ocasión triunfara.

Cuando el hombre comprendió que no todos podían enfrentarse armados tan sólo de la fuerza y del valor personal, puso en ejercicio su inteligencia, y tras seculares experiencias descubrió la pólvora; ya en posesión de ella buscó el medio adecuado para aprovechar su fuerza explosiva y la adaptó a las armas, que andando el tiempo han venido a ocupar tan importante papel en las guerras.

¿No es acaso justo que el débil y tímido por algún medio pueda igualarse al fuerte y valeroso? Justo es, y Dios comprendiéndolo dotó a la naturaleza de los elementos necesarios, que el hombre con su inteligencia logró descubrir y combinar para suplir una limitación.

Pero el espíritu de la época en que escribió Cervantes no estaba de acuerdo con esas ideas, y así juzgaban indigno del hombre vencer equipados de esas armas no sólo a sus semejantes, sino también a las propias fieras, porque tenían como innoble el dominar con armas superiores.

«Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de ca-

ballero andante en edad tan detestable como esta en que vivimos», Decía D. Quijote todas estas cosas y muchas más aludiendo al papel que en su época desempeñaban las armas de fuego. Anteriormente muchos autores habían tratado con aspereza la «diabólica invención» que hacía igual al débil ante el fuerte. Ariosto en su *Orlando Furioso* ya había maldecido, a sus anchas, la malhadada invención y a su inventor; luego muchos autores prosiguieron en su ataque, y así cantó Quevedo: «De hierro fue el primero—Que violentó la llama—En cóncavo metal.....—Fue más que todos fiero,—Indigno de las voces de la fama».

Vivo retrato del más rancio españolismo podemos admirar en esta parte del Quijote, donde se echan de menos las letras y se pone en muy alto el ejercicio de las armas. Efectivamente, España tras el glorioso período de su reconquista ocho veces secular, levantó grandemente el amor a la guerra entre sus hijos, e hizo sumir casi en una obscuridad su adelanto científico y artístico, retrasando así su completo desarrollo en esos campos. Entretenido el pueblo español en sus luchas contra los árabes, hizo descollar a los grandes militares, que confundieron con los destellos de su gloria a todos aquellos escritores que figuraron hasta antes de los Austrias.

Reconquistada la Península, parecía que ya iba a terminar todo aquel amor incontenible a la lucha; pero apareció América, tierra para la conquista, cuando el hispano creía terminada su lid inmortal; y se arrojaron sobre las ignotas tierras, hasta subyugar al indígena. Continuaron luego las guerras de Italia y de toda Europa, motivadas por el papel que desempeñaba España en la balanza política, y el espíritu acostumbrado a la contienda de ocho siglos, decayó poco; pero libre ya el suelo peninsular de los invasores y con paz interior, las letras avanzaron con pasos gigantescos.

También está retratado en esta parte del Quijote el mismo Cervantes, que llevaba en su pecho el dolor de ver sin premio sus esfuerzos: en algunas partes de este discurso no habla D. Quijote, sino el propio Cervantes, que de cuando en cuando moja su pluma en el acibar de su recóndita amargura. Cervantes, el soldado que tiñó con su sangre las aguas de Lepanto, el desgraciado prisionero de Argel, el español completo, no podía hacer nada menos en favor de las armas, que concederles la preeminencia sobre las letras. Así hizo hablar a su hijo, el más grande de los españoles, D. Quijote, para que expresara sus propios sentimientos, y no pocos de su inmortal creador.

Cervantes, sin recompensa por sus trabajos, en servicio de su rey, sin recompensa por sus trabajos literarios, es también el más completo y colosal retrato del verdadero hombre grande español: sufrimientos, privaciones, innumerables esfuerzos sin el honor de la patria, esto es él; porque España, como dice un autor, olvida a sus grandes hombres mientras viven, y así habló él con justicia por boca de D. Quijote, pero erró, porque quiso probar la supremacía de las armas, y con ello fundó un glorioso e inmortal imperio de las letras: *la historia de D. Quijote*.

EUGENIO GIRALDO

